

Apuntes para el abordaje de la cultura política de los jóvenes: propuesta teórico metodológica

María Gladys Mathieu¹

España posee una tradición de estudios de juventud que data de la década del 60. Más de 40 años en la exploración de los modos de ser y pensar de los jóvenes han permitido tener un amplio conocimiento acerca de los diversos aspectos que ocupan a este colectivo en cada época, reseñando múltiples espacios propios de la vida juvenil (ocio, familia, estudios, trabajo, política, etc.).

A partir de la primera Encuesta Nacional de Juventud que se llevó a cabo en 1960, los estudios que toman como objeto a los jóvenes españoles han proliferado en distintas áreas de interés y se han consolidado ciclos de cuatro o cinco años para las investigaciones que necesitan mayores recursos económicos y un período de tiempo relativamente prolongado entre cada uno de los procesos de construcción de datos (es el caso de los Informes de Juventud en España y los Estudios de la Fundación Santa María)².

A lo largo de todos estos años la aplicación de encuestas a la población joven³ ha sido sistemática. La última que conocemos es la llevada a cabo para la elaboración del Informe de Juventud en España del año 2000, y está en proceso de análisis la correspondiente al 2004.

Las Encuestas Nacionales de Juventud son una fuente básica de datos que no sólo ofrecen el conocimiento de etapas presentes y pasadas sino que, por su realización periódica, han permitido la realización de estudios diacrónicos⁴ a través de los cuales es posible observar la evolución, cambios y transformaciones de diversos aspectos de la cultura de los jóvenes como así también del propio “hacer” del conocimiento científico. Estos estudios parten de la sistematización de los indicadores utilizados para preguntar a los jóvenes sobre diversas temáticas, pero el estudio sobre las mentalidades dirigido por Manuel Martín Serrano, da un paso más generando modelos que sistematizan los componentes incluidos en la investigación

sobre cada uno de ellos. Evidentemente trabajos de este tipo requieren revalorizar la metodología cuantitativa y la encuesta como herramienta que permite estandarizar indicadores que facilitan observar las opiniones a través del tiempo. Resaltamos esto porque no es objetivo de esta reflexión desestimar los análisis provenientes de datos cuantitativos sino de centrarnos en la necesidad de diálogo y complementariedad de éstos, con las técnicas propias de la metodología cualitativa.

Aspectos que contextualizan la relación jóvenes-política durante los años 90

Es necesario, para evitar los malos entendidos a que nos puede conducir el título de esta comunicación, aclarar que no se está concibiendo a la juventud como un grupo homogéneo. Se considera que no es posible hablar de una cultura política de los jóvenes; como tampoco del consumo cultural de los jóvenes ni las expectativas de futuro de los jóvenes. Todo conocimiento acerca de los jóvenes en general está únicamente marcando tendencias de un grupo de gente “recortada” del espacio social a partir de la variable edad, la cual es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable y, el hecho de hablar de los jóvenes como de una unidad social, dotada de intereses comunes y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, ya constituye una manipulación evidente (Bourdieu, 1984: 144). En este sentido, la difusión de los estudios sobre la juventud tiende a realizarse considerando a la misma como un conjunto homogéneo de actores, dejando de lado las diferencias existentes – no ya entre los diversos grupos que se conforman en función de los consumos culturales, sino fundamentalmente entre esas dos juventudes que, en términos de Bourdieu, son la trabajadora y la estudiante.

La relación de los jóvenes con la política se ha venido complejizando a partir de las dos últimas décadas del siglo pasado y se ha profundizado en los años 90, como consecuencia de la implantación de un modelo de sociedad caracterizada por retrasar el acceso de los jóvenes a los espacios de participación institucional (Sandoval, M: 1996). La gente joven ha ganado estatus como consumidora aunque no ha sucedido lo mismo en el ámbito de las decisiones políticas. Los adultos tienden a percibir a los jóvenes como indiferentes a los problemas sociales y, por lo tanto, distantes y ajenos a las cuestiones políticas, aunque si pasamos revista a sus esquemas de socialización encontramos como primer rasgo relevante que los jóvenes de los 90 han crecido en un clima de constante descrédito de la práctica política que, además, se desarrolla en un espacio cada vez más lejano del ciudadano poniendo en evidencia los límites del sistema de representación.

Asimismo, esta apatía hacia los valores sociales y colectivos es considerada como una de las consecuencias de las dinámicas de la sociedad modernizada y globalizada⁵ (Guiddens, 1994) que, transfiriendo las instancias de decisión de la política nacional a una difusa economía transnacional, contribuye lo mismo a reducir los gobiernos nacionales a administradores de decisiones ajenas que a construir imaginarios globales⁶.

La investigación de la cultura política de los jóvenes a través de encuestas

La cultura política, el tema de interés en esta ponencia, ha estado presente desde el inicio en estos estudios de carácter cuantitativo, aunque en la última década se aprecia una considerable disminución de las variables que construyen el problema. Cabe entonces preguntarse, ¿ha hecho mella en la búsqueda del conocimiento social el discurso sobre la apatía juvenil hacia las cuestiones políticas? ¿Ha dejado de interesar el joven como sujeto político?. Evidentemente, la problemática que presenta una encuesta está subordinada a intereses políticos, esta situación influye tanto en la significación de la respuesta como sobre la significación que se le confiere a la publicación de los resultados (Bourdieu, 2000), más aún cuando

los Informes sobre la Juventud constituyen una base de conocimiento muy importante para la implementación de políticas públicas. En cualquier caso, la relación de los jóvenes con el espacio político es, hoy en día, una cuestión de interés marginal en la medida que pareciera que es un tema suficientemente explorado y conocido aunque nos encontramos con categorías y dimensiones de análisis originadas en otras dinámicas socio-históricas que es preciso volver a llenar de sentido.

El concepto de cultura política es altamente amplio y complejo, en tanto que pone en relación un amplio abanico de fenómenos culturales y políticos. Estamos frente a un concepto que “carece de fundamentación teórica y ello dificulta el análisis empírico; por consiguiente resulta difícil especificar su contenido concreto” (Lechner, 1998: 10).

De este modo, a lo largo del tiempo, y tras la comparación de los diferentes espacios sociales en que se estudia la cultura política, nos encontramos con gran cantidad de temas y problemas que se agrupan dentro de la cultura política (el propio interés por lo político, pasando por la valoración de sistemas políticos, instituciones y movimientos sociales, así como cuestiones identidad nacional, etc). Esto ha implicado la confluencia tanto a nivel teórico como metodológico de diversas disciplinas que enriquecen las posibilidades de análisis del fenómeno, aunque no su restricción conceptual (Semiótica, Antropología, Lingüística, Sociología de la Educación, además de la Ciencias Políticas y la Sociología que han sido las pioneras en el tratamiento del objeto).

No obstante, los estudios de juventud dan prioridad a una visión psicológica de la cultura política entendida como aquellos valores, actitudes, comportamientos, creencias ante la política y sus problemas. En este sentido, a través de las encuestas se miden las orientaciones y disposiciones de los individuos hacia los sujetos y objetos políticos.

En la década de los años 90 – siempre dentro de los estudios a los que estamos haciendo referencia – los temas más recurrentes han sido: Simpatías políticas y

orientación del voto; Valoración de la democracia; Valoración de movimientos sociales; Asociacionismo. Por otra parte, las preguntas a partir de las cuales se abordan estos temas, en general están estandarizadas y forman parte del repertorio histórico que se viene aplicando desde el origen de los estudios de juventud. Evidentemente, el acontecer social hace que haya preguntas que desaparezcan, se modifiquen, se transformen o diversifiquen. Sin embargo, es notable cierto estatismo en los modos de preguntar acerca de las cuestiones antedichas del mismo modo que se está reduciendo considerablemente el campo de los temas políticos⁷ que, supuestamente, son de incumbencia de los jóvenes.

En cualquier caso, en el estudio de la cultura política persiste la tradición de la “cultura cívica” caracterizada por su perspectiva institucionalista y universalista, que tiende a ignorar aspectos histórico-culturales centrales en el análisis político cultural. Asimismo, desde el punto de vista metodológico la cuantificación a partir de las encuestas y escalas de actitud, reduce sustancialmente la posibilidad de dar cuenta de otras facetas del fenómeno a través de otras herramientas, más vinculadas a la investigación cualitativa y a la intención interpretativa⁸.

Teniendo en cuenta las preguntas más relevantes que se consideran en estos estudios y que se limitan a la postura ideológica, en la valoración de la democracia y de los movimientos sociales – donde la concreción de los comportamientos y la participación quedan restringidos al asociacionismo –, el joven es reducido a mero espectador del acontecer político y por lo tanto se lo considera un sujeto político pasivo. Siguiendo el planteo de Bourdieu, cabría preguntarse si los jóvenes se consideran *competentes* para opinar sobre la política, teniendo en cuenta que “tener competencia es tener el derecho y el deber de ocuparse de algo. En otras palabras, la verdadera ley que se halla oculta tras estas correlaciones aparentemente anodinas es que la competencia política, técnica, como todas las competencias es una competencia social. Ello no significa que la competencia técnica no exista, sino que indica que la propensión a adquirir lo que se llama

la competencia técnica es tanto mayor cuanto más competente socialmente se sea, es decir, cuanto más se halle uno socialmente reconocido como digno de adquirir y, por tanto, como alguien que ha de adquirir esta competencia” (Bourdieu, 1984: 239). El mecanismo de distinción entre competentes y no competentes, provoca que algunas personas se excluyan del juego político, en la medida que asumen la representación social de la competencia que socialmente les ha sido concedida. En este sentido, y considerando que el sistema escolar es un factor diferenciador, es preciso analizar las respuestas a las preguntas sobre política, considerando en qué medida se excluyen o no las dos juventudes a que hace referencia Bourdieu: la trabajadora y la estudiante.

Asimismo, es preciso tener en cuenta que la noción “cultura política” está sujeta al acontecer socio-cultural y, por ende, en cada momento hay unos fenómenos que adquieren la dimensión de políticos. Por ejemplo, actualmente en España preguntar sobre la inmigración ya no es sólo medir actitudes y opiniones frente a un fenómeno que incide culturalmente sino que la opinión encierra también una postura política en la medida en que el fenómeno ha adquirido esa dimensión en el momento en que sobre él se han pronunciado los grupos de poder y las diversas instancias estatales.

En otros términos, la cultura política no puede definirse sólo en función de actitudes, valores y creencias de los sujetos hacia unos objetos / sujetos históricamente considerados políticos. En la medida que también se halla en proceso de cambio la concepción acerca del sujeto político – que ya no se define como para el marxismo, por la pertenencia a una clase social sino que cada vez más emerge a partir del planteamiento de problemas cotidianos que afectan a sus intereses específicos – es preciso comenzar a tener en cuenta que los aspectos constitutivos de la cultura política también están cambiando.

Esto requiere hacer el esfuerzo de poder detectar para cada momento socio-histórico aquellos temas que requieren si no de una opinión política, al menos de un sentido político para evaluarlos, valorarlos o tomar postura sobre ellos.

En otros términos, no podemos limitarnos a hablar de la cultura política de los 90 considerando sólo las preguntas que se definen como tales. Esto implica que en la re-explotación de fuentes secundarias hay que incluir y clasificar nuevos indicadores que abarquen aspectos histórico-culturales que puedan a su vez enriquecer el análisis político cultural. Para hablar de la cultura política de los jóvenes españoles en la década de los años 90 deben ser consideradas las preguntas sobre la Unión Europea, sobre la inmigración y ahora, inevitablemente, sobre los conflictos internacionales que desencadenan el terrorismo, que posiblemente será un aspecto de gran trascendencia en la cultura política de la primera década del 2000.

Este planteo, que ve como imposible acotar la cultura política, parte del hecho de que el concepto implica dos espacios altamente complejos: el de la cultura y el de la política. Del segundo ya hemos planteado su pluralidad pero el primero es sin lugar a dudas el más complejo y problemático de las ciencias sociales. En cualquier caso implica tener en cuenta que cuando se habla de cultura se está hablando de “herencia”, por lo tanto de pasado, de largo plazo y de pautas medianamente estables aunque no podemos dejar de lado que es un espacio vivo, que absorbe nuevos hechos, situaciones y creencias que, de alguna manera, producen alteraciones en los restantes elementos que la estructuran. Por lo tanto, en la cultura política de los jóvenes se encontrarán pautas, valores, creencias que tienen su origen en la transmisión generacional pero también otros ligados a su propia vivencia dentro de la sociedad y su relación con el espacio público.

Un punto de partida para repensar la cultura política

Hablar de cultura política requiere dejar de concebir estos dos ámbitos como separados e independientes, de la organización social y empezar a trabajar en los intersticios en que ambas se cruzan y definen mutuamente. Esto significa comprender que la cultura política no es un producto de la improvisación sino que exige un tiempo más o menos largo para su formación y convicción, ya que no

puede pasarse por alto que los fenómenos culturales hunden sus raíces en el pasado. Por ello tampoco puede ser tratado como un aspecto marginal del sistema cultural dado que en la cultura política se plasma una visión del mundo y, más específicamente, unos modos de ver y entender, de reproducir o modificar la organización social que constituye el sustrato de la configuración de las relaciones sociales.

Teniendo en cuenta el desarrollo político del concepto y las críticas a que ha sido sometido, el presente trabajo no entiende la cultura política como un conjunto cerrado de creencias, actitudes y pautas de comportamiento adquiridos de forma homogénea a través del proceso de socialización, sino como un conjunto de pautas de razonamiento, argumentación y representación de la realidad.

Desde este punto de vista, cada ciudadano se propone conseguir determinados objetivos racionales dentro de un contexto social, para lo cual pondría en marcha un cierto repertorio de actitudes, referencias, expectativas, etc. Este repertorio constituiría un código general de referencia, que permite a los diversos actores políticos en interacción “comprenderse” recíprocamente y comunicarse de modo efectivo.

Dentro de la cultura política de una sociedad pueden distinguirse variaciones – en función de variables territoriales, generacionales, sociales – que integran las diversas subculturas y que explican los posibles cambios y la evolución a lo largo del tiempo.

En primer lugar habría que determinar si en el caso de los jóvenes estamos frente a subculturas políticas⁹ o bien se trata de una cultura política compartida y escasamente diferenciada de otros grupos sociales.

En segundo lugar, la relación jóvenes-política requiere, de una vez por todas, ser abordada sin los prejuicios que rodean al joven y que a la larga terminan en una valoración socialmente negativa de dicha relación que se explica por la “pasividad” y el “falta de compromiso” de los jóvenes actuales.

Es decir, en tanto que la política requiere de una perspectiva de “lo colectivo”, el joven fundamentalmente individualista y

preocupado por sí mismo no tiene cabida. Por lo tanto, el individualismo es una de las nociones a vencer dentro de esta problemática.

En principio hay que establecer la diferencia entre el Individualismo en tanto rasgo personal y la Individualización como categoría social que se le impone al individuo (Beck, 1998: 130)¹⁰. A partir de esta perspectiva, la individualización pierde sus connotaciones negativas (aislamiento, soledad, pasividad ante todo lo que no le afecta directamente) recuperando un punto de vista que evidencia la dinámica social en que jóvenes y no jóvenes están insertos y que conduce a la búsqueda de esos espacios de interacción: “Individualización significa, primero, la desintegración y, segundo, la sustitución de las formas de vida socioindustriales por otras, en las que los individuos deben producir, escenificar y remendar ellos mismos, sus propias biografías...” (Beck, 1998: 131).

Siguiendo el pensamiento de Ulrich Beck “la política irrumpe y brota más allá de las responsabilidades formales y las jerarquías, y esto es ignorado justamente por aquellos que equiparan la política con el Estado, con el sistema político, con las responsabilidades formales y las carreras políticas” (Beck, 1998: 135). La convivencia de instituciones políticas históricas (con su consecuente carga simbólica) junto a una práctica política cotidiana (por lo tanto no institucional) favorece “el regreso de los individuos a la sociedad” (Beck, 1998: 134).

La necesidad de una apertura metodológica

Desde el punto de vista metodológico es preciso tener en cuenta que la encuesta, a nivel metodológico, impone una perspectiva de lo que legítimamente se entiende por política y, en este sentido, determina cuáles son los actores, elementos, temas y problemas relevantes para definir la cultura política de un grupo. No obstante, ya hemos destacado la importancia que a efectos de seguimientos en el tiempo y comparaciones, tiene la estandarización de los indicadores.

A pesar del campo de conocimiento tan rico que sobre los jóvenes se tiene en España

se echa mucho en falta el saber acerca de los contenidos de esos indicadores, los significados y las resignificaciones que los distintos grupos de jóvenes le asignan en distintos momentos. Por ello creemos necesario completar y profundizar en el estudio de las representaciones que los jóvenes tienen del espacio de la política: temas, elementos, hechos que la conforman y los puntos de articulación con la vida cotidiana. Es preciso indagar en la autoconcepción de los jóvenes en tanto sujetos políticos, sobre su papel e involucramiento con la sociedad de la que son parte. Un trabajo de esta naturaleza implica un fuerte despliegue de recursos, que en pocos casos la investigación académica está en condiciones de afrontar. Por otra parte, la metodología cualitativa, cuando se realiza con escasos medios materiales corre el riesgo de depender demasiado de los sujetos que aceptan participar, generando problemas adicionales de tiempo y organización.

A pesar de todo esto, una metodología cualitativa articulada mediante grupos de discusión es muy idónea para abordar el problema de la cultura política en tanto que posibilita captar determinadas necesidades, intereses y preocupaciones individuales y colectivas ante un tema o problema planteado, así como motivaciones y actitudes, percepciones y sentimientos, creencias y opiniones suscitados en su decurso, que de otra manera permanecerían inéditos (Piñuel y Gaitán, 1998: 122).

En cualquier caso es importante tener claro que “tanto el empirismo cuantitativo, como el empirismo cualitativo se articulan como formas relativas, pero complementarias por deficiencia en su análisis de la realidad social” (Ortí, 2000: 233).

Por ello se requiere un diálogo permanente entre técnicas, el Grupo de discusión puede explorar en la construcción discursiva del campo de la política, al mismo tiempo que adentrarse en el contenido de los indicadores usados en las encuestas. Pero también el resultado del análisis debe ser tenido en cuenta para la actualización, modificación, o transformación de los indicadores).

En resumen, las representaciones sobre los diversos aspectos que conforman “lo

político” están en relación y condicionadas por la organización socio - política del lugar y de la época en que les toca crecer y, por lo tanto, por las relaciones sociales en que se encuentran inmersos los jóvenes. En este sentido, la relación que los jóvenes españoles tienen con la política y el modo de llevar a cabo su conocimiento y su configuración representacional estará condicionada por las situaciones sociopolíticas y culturales en que se desenvuelven. Asimismo, en la actualidad no solamente se puede considerar el condicionante sociopolítico local. Hay un nuevo factor a considerar, especialmente en el estudio de la cultura política, que es la globalización, dado que estamos no ya frente a la imposición de un modelo económico, sino fundamentalmente político.

La desconfiguración que en los últimos años ha sufrido el espacio público institucional ha puesto de manifiesto la gestación de nuevos actores sociales que cuestionan la cultura política tradicional, tanto en la derecha como en la izquierda, dando lugar a nuevas articulaciones y mediaciones de la sociedad civil que no se enmarcan dentro de las acciones partidarias. “Es un proyecto nuevo de democracia que cuestiona no la necesidad de los partidos, sino su monopolio de la política y su concepción de una política separada de la vida cotidiana del pueblo y dedicada exclusivamente a la lucha por la toma del Estado o su preservación” (Martín Barbero, 1991).

Bibliografía

Almont, G; Verba, S. *La cultura cívica*, Madrid, Foessa. 1970.

Arendt, H: *Qué es la política*, Barcelona, Paidós. 1997.

Beck, U: *La Invención de lo Político*, Bs. As, Fondo de Cultura Económica. 1998.

Bourdieu, P: (1984) *Cuestiones de Sociología*, Madrid, ISTMO. 2000.

Gaitán Moya Juan A. y Piñuel Raigada José L.: *Técnicas de Investigación en Comunicación Social*, Madrid, Síntesis. 1998.

García Canclini, N: *La Globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós. 1999.

García Ferrando, M; Ibáñez, J y Alvira, F: *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza Editorial. 2000.

Giddens, A: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad. 1994.

Lechner, Norbert (comp.): *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, CLACSO-FLACSO-ICI. 1987.

Martín Barbero, J: *De los medios a las mediaciones*, México, G. Gilli. 1991.

Martín Serrano, M: *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, Madrid, INJUVE. 1994.

Martín Serrano, M; Velarde Hermida, O: *Informe Juventud en España 96*, Madrid, Instituto de la Juventud. 1996.

Martín Criado, Enrique: *Producir la Juventud*, Madrid, ISTMO. 1998.

Sáez Marín, Juan: “Los estudios sobre juventud en España: contextos de un proceso de investigación-acción (1960-1990)”, en *Revista Internacional de Sociología*, nº 10, enero-abril de 1995, pp. 159-197.

Sandoval, M: *Exclusión y cambio social: el caso de los jóvenes pobladores chilenos*, Louvain, Tesis doctoral. 1996

los jóvenes entre 1960-1990” de Manuel Martín Serrano (1994), el objetivo de este estudio es comprender la transformación de las conciencias de las distintas generaciones de jóvenes poniendo de manifiesto aquellos aspectos que distinguen a unas y a otras. Asimismo, este estudio desarrolla un particular enfoque de las generaciones, dado que no establece el corte generacional en la edad sino a partir de marcos axiológicos.

⁵ A. Giddens en su obra *Consecuencias de la modernidad* (1994) sostiene que “la modernidad es inseparable de los sistemas abstractos que proporcionan el desanclaje de las relaciones sociales a través del espacio y del tiempo, y que abarcan tanto la naturaleza socializada y el universo social” p. 142. El autor indica que existe un desanclaje de los sistemas sociales, es decir, el despegue de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción, los cuales serán reestructurados en indefinidos intervalos espacio-temporales. P.32.

⁶ En *La Globalización imaginada* (1999) García Canclini indica que este vaciamiento simbólico y material de los proyectos nacionales desalienta el interés por participar en la vida pública y apenas se lo puede reactivar en períodos pre-electorales mediante técnicas de marketing.

⁷ Para ver los temas por los que se ha preguntado a los jóvenes desde el 60 hasta los 90, vale remitirse a “*Historia de los Cambios de Mentalidades* (1994) de Manuel Martín Serrano y otros, aunque es preciso tener en cuenta que dicho estudio considera como fuentes secundarias otras investigaciones además de los propios estudios sobre la juventud.

⁸ Este planteo corresponde a Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada y ha sido citado por Fabio López de la Roche en el artículo “Aproximaciones al concepto de cultura política”, consultado el 27-01-2004 en la página web: www.colciencias.gov.co/seiaal/congreso/Ponen8/LOPEZ.HTML.

⁹ En general, las subculturas se desarrollan en contra de los valores sociales y políticos dominantes y expresan valores propios de grupos sociales minoritarios, pero tienen un elemento común con la cultura política: un centro político que como instancia organizada de modo consciente elabora y transmite determinados valores a la sociedad.

¹⁰ Según Ulrich Beck (1998), “la individualización no está basada en la libre decisión de los individuos. Para usar los términos de Sartre: las personas están condenadas a la individualización. La individualización es una compulsión, una compulsión paradójica para la construcción, autoformación, autoescenificación, no sólo de la propia biografía también de sus conexiones y redes, y esto en el intercambio de las preferencias, de las decisiones y fases de la vida...”

¹ Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid.

² El INJUVE y la Fundación Santa María son las dos instituciones que vienen realizando estudios multitemáticos y sistemáticos sobre la juventud.

³ Para una crítica a la sociología de la Juventud desarrollada en España ver Martín Criado, Enrique, *Producir la Juventud*, 1998, Madrid, ISTMO.

⁴ Un ejemplo de este tipo de investigaciones es “*Historia de los Cambios de Mentalidades de*